

y la destilación histórica la que sanciona un concepto dándole carácter preceptivo y rango doctrinal.

Las características de un arma o un medio determinado, por muy buenas que sean sus ventajas no eliminará totalmente a las demás; en la Antigüedad la espada era inferior a la pica, la fuerza del jinete superior al hombre a pie, la del cañón sobre la Infantería, pero ninguno de estos recursos eliminó al anterior del campo de batalla y lo que hicieron fue armonizarse. Esta fue la razón orgánica del nacimiento de las grandes unidades, el mérito de César en la Legión Romana, de Gustavo Adolfo en la Brigada Sueca, de Guibert en la División, de Napoleón en el Cuerpo de Ejército... y de Lord Tedder en las Fuerzas Aéreas y Estratégicas.

El reconocimiento doctrinal de un concepto es algo más difícil que el triunfo de un invento y por ahora aún en la prevista división humana y electrónica de la reacción estratégica, los cerebros automáticos quedan subordinados a los maniobrados por la potencias del alma. Tienen memorias, pueden ser hasta inteligentes por selección, pero les faltará siempre la *Voluntad*, la facultad de elegir que es en esencia la *Decisión*.

### **3. VALORACIÓN MILITAR DE NUESTRA SITUACIÓN GEOGRÁFICA**

En los estudios clásicos de Teoría de la Guerra se ha venido insistiendo por todos los tratadistas que la observación de los principios estratégicos en la conducción operativa de los ejércitos es siempre permanente, con independencia de los medios que la técnica ha puesto a su disposición en las distintas épocas —pólvora, máquina de vapor, aviones, carros de combate, armas nucleares, electrónica, etc.— por tratarse de principios que son ajenos a este o aquel ingenio de mayor alcance o potencia, elegir como objetivo “la fuerza organizada del enemigo” según Clausewitz, y aplicar los principios de “concentración” y “libertad de acción” conservan hoy la misma vigencia que en el pasado, siempre que se interprete en todo su valor y amplitud la aplicación de aquellas técnicas a los criterios de tiempo y espacio.

A lo largo de la Historia Antigua y Moderna y con independencia de los móviles que en su enfrentamiento han llevado a los antagonistas al choque armado, las acciones operativas de los ejércitos se han venido acusando en los mismos escenarios o en las proximidades de

determinados espacios terrestres y marítimos, lo que ha hecho insistir a los teóricos de la guerra en la afirmación de la permanencia estratégica del factor geográfico.

Y los hechos recientes al incorporar en la era nuclear nuevas armas de extremada potencia y de un alcance prácticamente ilimitado al permitir hacer sentir su acción en cualquier lugar de la geografía mundial no han alterado aquel criterio, ya que no es el simple relieve geográfico, la repartición oceánica o las condiciones climáticas y meteorológicas la que condiciona su utilización, sino la capacidad humana de activarla u oponerse a su aprovechamiento, porque en la conflictividad de los pueblos, ya sean hegemónicas o de menor nivel potencial siempre priva en su supervivencia el interés por disponer de recursos y materias primas o la exigencia de garantizar su acceso si han de proceder del exterior, en resumen, una estrategia de “recursos” y otra de “circulación”, y tanto da que los caminos recorridos sean terrestres, aéreos o marítimos; los espacios árticos y desérticos en la búsqueda de recursos o las rutas marítimas sean naturales u obra de la técnica humana, los “mediterráneos” o los canales de Suez, Panamá, Kiel, etc. serán siempre un objetivo militar que las fuerzas armadas habrán de valorar tanto defensivamente en sentido positivo para garantizar la propia utilización, como para impedir la obstaculización del contrario.

En este planteamiento estratégico, la geografía de un país tiene enorme trascendencia para el futuro y para la definición de su política de defensa, especialmente si se encuentra situado en una de esas zonas críticas del mundo, tanto por su riqueza en recursos que serán siempre objeto de atracción de los que carezcan de ellos, como por su situación en alguno de los caminos del tránsito mundial como ocurre en nuestro caso mediterráneo.

Pero en este cuadro, de nada sirve la simple disposición geográfica, si no se halla activada por un potencial militar. A lo largo de la Historia los estrechos y las rutas marítimas han concentrado el interés de las flotas para dominar el tráfico marítimo y las grandes batallas navales desde Salamina a Leyte pasando por Lepanto, Trafalgar y Jutlandia se han dado en la proximidad de estos caminos obligados. Pero los grandes cursos de agua, los difíciles pasos de montaña, los estrechos marítimos, hasta las rutas árticas han podido ser superadas por el cielo o bajo los hielos, si otras fuerzas no se han opuesto al empeño, desde los elefantes de Aníbal en los Alpes, siempre se ha insistido en táctica terrestre en la necesidad de activar por el fuego de las armas los obstáculos del terreno, y en la misma línea estratégica, de nada serviría airear el mérito y trascendencia de una determinada situación estratégica, si no se halla activada por unas fuerzas

armadas de Tierra, Mar y Aire que el país haya creado consciente de su importancia para que puedan asumir aquel empeño de seguridad, e impedir que la avidez de otros los induzca a su usufructo sin beneficio propio, e incluso posiblemente con riesgos que convierten aquella teórica ventaja de situación en un serio quebranto al encontrarse al arbitrio de las apetencias de otros intereses extranacionales.

Con bastante reiteración en nuestra Historia, especialmente en los siglos XVII y XVIII los antagonismos en Europa nos llevaron a una serie de alianzas en las que por erróneas apreciaciones estratégicas más que nuestros propios intereses servimos los de teóricos aliados que en la utilización del Estrecho aprovecharon nuestra debilidad militar para, según los casos, facilitar u oponerse a la reunión de las Flotas de dos mares.

Fue Gastón Bouthoul el teórico de la plemología quien en sus primeros trabajos, buscando las causas permanentes del fenómeno guerra, señaló tres circunstancias de tensión local e internacional simultáneamente en un espacio geográfico de interés universal que en el caso de ser coincidentes provocaban una serie de fricciones acumulativas que hacían calificar a la región en cuestión como crítica desde el punto de vista de una conflicto armado y que él bautizó como “zonas belígenas”.

En el Mediterráneo se dan las tres circunstancias, y de ahí que la misión de los ejércitos alcance en esa situación a una misión que va más allá de la reacción de defensa ante una invasión o amenaza a la integridad territorial, como señalaba el político francés Michel Debré, en la apertura del Centro de Altos Estudios Militares en París, las Fuerzas Armadas han de contar con capacidad y potencial para dos finalidades, la capacidad de reacción para oponerse a las amenazas, pero también deben disponer de la capacidad de respaldo en el panorama internacional. Y en este último aspecto de fuerza de disuasión y de prestigio, por nuestra situación geográfica nos encontramos en un lugar central de la circulación mundial mediterránea y atlántica, tanto en el sentido de los meridianos como en el de los paralelos, y que nos corresponde garantizar su normal utilización en nuestra propia seguridad y en beneficio de todos y en evitación de estímulos de sustitución, si no fuéramos capaces de asumir aquella responsabilidad.

Sobre todas las consideraciones de defensa que en las naciones preside la organización de las Fuerzas Armadas, aquel argumento permanente de situación, valora y avala el interés de la